

CAPITULO XII

Principios de la Reconquista.—Covadonga.—Heroísmo de los astures.—Sus triunfos.—Sus primeros reyes desde Pelayo hasta Ordoño I.

El fiero despotismo é irritante crueldad desplegados por algunos *Walties* precipitaron la anhelada hora en que debía iniciarse la gloriosa epopeya de la Reconquista.

Agotado en muy poco tiempo el sufrimiento de los vencidos, reunióse un pequeño número de estos en las quebradas montañas de la region septentrional de la Península, en aquellas elevadas cumbres donde siempre se conservara vivo el noble sentimiento de la independencia; y allí, mismo se echaron por aquel puñado de valientes los sólidos cimientos del suntuoso edificio para cuya coronacion habian de necesitarse ocho siglos de titánicos esfuerzos.

En aquellos azarosos dias de general consternacion para los cristianos; en aquellos horribles momentos en que los atrevidos y afortunados musulmanes, con espantosa rapidez extendian sus conquistas por casi todos los ámbitos de nuestra desgraciada patria, allí en un apartado rincon de España, imponente baluarte donde tantas veces se estrellaran los esfuerzos de las legiones romanas, hallaba su refugio la sacrosanta bandera de la independencia nacional. Allí, en las escarpadas rocas cántabro-asturianas, buscaban su amparo los reducidos restos de aquella valiente multitud cristiana, que antes de inclinarse al yugo sarraceno prefirió una vida errante, llena de fatigas y privaciones.

Entre aquellos hombres decididos, llenos de fé y de valor heróico, sobresalía la noble figura de Pelayo, duque de Cantabria. Perteneciente á la real familia goda, como hijo de Favla, y tan valiente como generoso, disfrutó siempre de grande y merecido ascendiente entre los suyos; pero donde su popularidad creció hasta rayar en idolatria fué



en la sangrienta jornada del Guadalete, donde al frente del escogido cuerpo de los *españoles*, que mandaba, realizó tales prodigios de valor que excitaron la envidia de los mismos vencedores.

La misteriosa fascinación que este notable genio de la guerra ejercía sobre todos sus compañeros, dió lugar á que estos le proclamasen su caudillo, y jurasen por la cruz del Salvador del Mundo morir antes que abandonar el espinoso camino de la reconstitución de la patria, mostrado por su animoso jefe. Este juramento no tardó mucho tiempo en sellarse con sangre de valientes y afirmarse con una importante victoria obtenida sobre los fanáticos defensores de la *media luna*.

A poco de hallarse Pelayo con los suyos refugiados en Asturias, y sin haber aún terminado su organización y armamento, el renacido *ejército de la fé* se vió rudamente atacado por fuerzas considerablemente superiores en número y en instrucción militar, mandadas por el intrépido Alkamah, teniente del Emir. Pelayo dando muestras de su

gran habilidad y notable talento estratégico, dejó que los musulmanes penetraran sin resistencia en el estrecho valle de Auseba; y cayendo entonces repentinamente sobre ellos desde las asperezas que le dominan y profunda cueva de *Covadonga*, que emboscado con sus fuerzas ocupaba, les derrotó tan completamente que aún se ignora si alguno pudo salvarse del general naufragio.

El traidor D. Oppas, que acompañaba á los árabes, fué hecho prisionero y allí mismo pagó con la vida el horrendo crimen de lesa nación por él cometido en el Guadalete. La sacrosanta bandera de la cruz, despues de los horribles desastres sufridos, obtuvo el primer triunfo, en cuya memoria se instituyó el santuario de la *Virgen de Covadonga*, que aún hoy se venera; por más que este precioso monumento de gloria nacional, como el de las ruinas de Numancia y otros mil que en nuestra patria se hallan á cada paso, permanezca en el más deplorable abandono.

Libre Asturias de árabes en el año 719 y aclamado rey el mismo Pelayo, tuvo su cuna



en aquel limitado territorio el primer reino cristiano, que ensanchándose progresivamente había de llegar á constituir la potente nacionalidad española, con el tiempo señora de dos mundos.

Diez y nueve años duró el próspero y feliz reinado del héroe de *Covadonga*, que al morir en 737 dejaba á su hijo Favila la pingüe herencia de su naciente reino, fuertemente consolidado y robustecido ya.

A los dos años escasos de gobernar Favila pereció en una cacería; y la libre elección del pueblo llamó á regir sus destinos á Alfonso, yerno de Pelayo y como él duque de Cantabria.

Deseando el nuevo rey ensanchar sus reducidos dominios, traspasó las montañas de Galicia y logró apoderarse de Lugo, Orense y Tuy. Además sometió las principales ciudades de la Lusitania meridional, y en sus atrevidas correrías llegó á dominar toda la ancha zona comprendida entre Zamora, Salamanca y Segovia. Sus brillantes hechos de armas y lo tosco y bravío de sus

soldados causaban terror y espanto á los árabes, que le apellidaron *el matador de hombres*: al par que su noble afán por el brillo de la religion del crucificado le valió el sobre nombre de «El Católico.»

Cuando el año 756 dejaba de existir este célebre monarca, el en otro tiempo reducido reino de Asturias se extendía ya por todo el Pirineo, aunque no de una manera estable; legando el rey *Católico* á sus sucesores un trono ensanchado y consolidado que constituía el luminoso faro que alumbraba las risueñas esperanzas de los cristianos, quienes en aquellos momentos veían con placer cómo se emancipaba del Oriente la España musulmana, que había venido á constituir el *Emirato* independiente de Córdoba.

Su hijo Fruela, que le sucedió en el trono, empañó en parte el luciente brillo de las glorias de su padre y retardó por algun tiempo la coronación del suntuoso edificio nacional; pues con su carácter duro en demasía, dió lugar á que se le rebelasen los vascones y gallegos, engendrando en tan críticos momentos una lucha intestina sumamente per-



judicial á los altos intereses de la patria y de la religion.

A pesar de esta fatal contrariedad, los astures derrotaron á los árabes en *Pontumun* (Puente de Eume, Galicia) y les mataron algunos millares de hombres, obligando á Abderrahman á firmar un tratado de paz.

Al mismo tiempo consiguió Fruela reprimir la sublevacion de los vascos y gallegos, en memoria de cuyos triunfos edificó la capital de Oviedo.

La austera severidad de este monarca y la extraordinaria dureza de su carácter le atrajeron la enemistad del clero y el odio del pueblo que solo queria á su hermano Vimarano. Esto irritó doblemente su irascible carácter y entonces cometió el horrible crimen de asesinar á su dicho hermano; fraticidio que expió con la vida que á estocadas le arrancaron en Cangas de Tineo los nobles justamente irritados y conjurados en su contra.

El reino de Asturias continuó engrandeciéndose prodigiosamente bajo el gobierno de los sucesores de Fruela; sobresaliendo

entre estos por sus importantes conquistas Alfonso II *el Casto*, su primo Ramiro y el hijo de este, Ordoño. El primero tomó el título de rey de Oviedo, y el año 801, causó á los árabes una espantosa derrota en *Lutos* (Lugo). Mas tarde penetró en la Lusitania, y en el tiempo de su glorioso reinado, que duró casi medio siglo, marchando siempre de victoria en victoria, extendió los límites de su reino hasta las mismas márgenes del Tajo. El reinado de Ramiro fué corto y tempestuoso; pero los brillantes hechos de armas que durante él se realizaron le colmaron de gloria y aumentaron su creciente poderío. A este monarca disputaron sucesivamente la corona los condes Nepasiano, Aldroito y Piniolo, pero los tres fueron vencidos en buena lid, robusteciendo así el rey su autoridad. El año 843 desembarcaron en la Coruña los Normandos que llevaron el espanto y la desolacion por aquellas costas y países inmediatos; Ramiro corrió en su busca y despues de una sangrienta batalla los derrotó completamente y destruyó sus naves. Al poco tiempo obtuvo sobre Abderrahman



II, dos importantes victorias que pusieron á raya las irrupciones de los moros en el territorio cristiano.

El año 850 murió Ramiro, sucediéndole en el trono su hijo Ordoño, digno heredero no solo de la corona sino del heroico valor y las altas virtudes de su padre. Inauguró su reinado reprimiendo una fuerte insurrección de la Vizcaya y en seguida marchó contra los agarenos que mandados por el valiente Muzá-ben-Zeyad le aguardaban en un monte de la Rioja llamado *Laturee*. Tremenda fué la lucha: por ambas partes se realizaron notables prodigios de valor; pero al fin la victoria, disputada con tenaz empeño, con horrible encarnizamiento, se decidió en favor de los cristianos que pasaron por encima de los cadáveres de 10,000 enemigos tendidos sobre el ensangrentado campo de batalla. El activo y valiente Ordoño aprovechando sabiamente las ventajas de tan señalado triunfo, sin descansar un momento llevó sus vencedoras huestes hasta las márgenes del Duero, donde derrotó al Walí Zeid-ben-Cassim y se apoderó de varias poblaciones de importancia.

A poco tiempo invadió la Lusitania, y mientras los asturianos de allende el Pirineo talaban las tierras musulmanas hasta el Ebro, las invencibles tropas de Ordoño llegaban á las puertas de Lisboa, arrasaban á Coimbra y derrotaban nuevamente á los Normandos, arribados por segunda vez á nuestras costas. (Año 863.)

Tan fuertemente llegaron á impresionar á los árabes los repetidos y notables triunfos de los cristianos, que se vieron precisados á publicar *la guerra santa*; y obligando á todos los hombres útiles á tomar las armas, reunieron un numerosísimo ejército, á cuyo frente se puso el mismo Emir Mahomed, para invadir nuevamente la Galicia. A pesar de tan poderosos elementos de guerra, bastó con que encontrasen atrincherados en las montañas á los valientes soldados de Ordoño, para que, los árabes temiendo nuevas y más sensibles derrotas, se retirasen vergonzosamente al interior de sus dominios.

El 866 falleció Ordoño I dejando su reinado engrosado en una tercera parte, y por doquiera temido y respetado.



Aquella microscópica monarquía que con solo un puñado de valientes fundara en los riscos de *Covadonga* el inmortal Pelayo, habia ido adquiriendo tan creciente desarrollo que en poco mas de un siglo de existencia levantaba su triunfante enseña frente á frente al poder agareno que contaba innumerables combatientes y que al otro lado del Estrecho tenia una inagotable reserva de feroces y sanguinarios auxiliares.

Semejantes prodigios solo pueden realizarse merced al acendrado patriotismo y al irresistible esfuerzo que siempre distinguiera á los nobles hijos del pueblo español.

---

CAPITULO XII

---

Reconquista Pirenaica.—Reino de Sobrarbe.—Heroicidades de los Vascos.—Batalla de Roncesvalles.—Condado de Barcelona.—Hazañas de los catalanes.

En tanto que se realizaban los culminantes hechos extractados en el anterior capítulo, allá en el N. O. y S. de los Pirineos, refugio como Asturias de aquella reducida parte del pueblo hispano-godo que rechazaba con enérgica fiereza la idea de la sumision al conquistador poder de los sectarios de Mahoma, tenia su principal origen la *Reconquista Pirenaica* y se echaban por aquellos valientes obreros de la independencia nacional, los sólidos cimientos de nuevos Estados cristianos que andando el tiempo habian de ser el azote de los enemigos de nuestra patria.



No hay datos completamente exactos de la fecha en que tales Estados principiaron á constituirse, pero puede asegurarse que simultaneamente con el reino de Asturias tuvo su origen el de *Sobrarbe*, cuna de los de Navarra y Aragón, y que un poco mas tarde se formó el *Condado de Barcelona*, dando principio á la Reconquista de Cataluña.

Cuando la avasalladora planta de los vencedores del Guadalete se enseñoreaba de casi todo el territorio español, un reducido número de cristianos acaudillados por García Jimenez, buscaba su amparo en las elevadas cumbres del alto Aragón y se refugiaba en la *Cueva de San Juan de la Peña* imitando el proceder de Pelayo y los astures en la de *Covadonga*.

En el primer tercio del siglo VIII ya esta reducida porcion de valientes habia formado el pequeño reino de *Sobrarbe*, cuya capital fué *Ainsa* y del cual formó parte el *Condado de Rivagorza*, pequeña parte de la provincia de Huesca confinante con Cataluña y Francia, que tuvo por capital á *Benavarre*.

El esforzado García Jimenez, primer sobe-

rano de este naciente reino, llevó á cabo frecuentes cuanto atrevidas y afortunadas expediciones hácia el interior de los dominios musulmanes. Merced á ellas, á costa de innumerables sacrificios y realizando inverosímiles prodigios de valor heróico, consiguió ir poco á poco ensanchando los límites de su pequeño reino desde los Pirineos hasta el Ebro, apoderándose ademas de la importante ciudad de Pamplona que el año 750 defendió heroicamente del impetuoso ataque de los árabes.

En incesante lucha con los defensores del korán, consiguió innumerables victorias el esforzado fundador del Estado de *Sobrarbe*, reino que mas tarde habia de refundirse en el de Navarra y constituir una importantísima parte de la nacionalidad española.

Cuando el año 758 falleció García Jimenez legando la corona á su hijo Iñigo Garcés Arista, ya su reinado se extendia por todo el territorio vasco-navarro y una gran parte de Aragón.

En tanto que el orbe entero presenciaba con indescriptible asombro el grandioso es-



pectáculo de la resurreccion del pueblo godo hispano, de aquella noble y heroica raza que ahogada en sangre y envuelta en el negro velo de una infame traicion, cayó en una sola batalla para despues levantarse mas pujante y valerosa que en sus mejores dias de gloria, los heroicos vascos, esos eternos é indómitos guardadores de las fronteras Piriñáicas, probaban una vez mas el irresistible empuje de que siempre hicieran poderoso alarde.

El Wali de Zaragoza Ben-Alrabí, enemigo irreconciliable del Emir Abderrahman, imploró contra su señor el apoyo de Carlo-Magno, emperador de los francos. Este poderoso rey, intentando aprovecharse de la magnífica coyuntura que en esta ocasion se le presentaba para estender por el rico suelo hispano su ya dilatado y floreciente imperio, reunió un fuerte y aguerrido ejército y lo dividió en dos cuerpos, encargando al uno flanquease los desfiladeros del Pirineo Oriental; mientras que él mismo, puesto al frente del otro, penetraba por las revueltas gargantas de los Bajos Pirineos.

Sin detenerse un momento, y arrollando cuanto á su paso halla, el intrépido Carlo-Magno avanza hasta Pamplona y se pone á la vista de Zaragoza donde se le une su otro cuerpo de ejército que habia penetrado por Cataluña y devastado en su destructora marcha una gran parte de aquel fértil territorio.

Puesto Carlo-Magno al frente de todo su ejército expedicionario y acometido por todas partes por los cristianos, espera en vano que el Wali se le incorpore con sus fuerzas segun lo anteriormente pactado: sin dar lugar á esta reconcentraciön, el pais en masa se levanta airado contra aquellos sanguinarios conquistadores, que al fin se vieron obligados á retroceder á Francia. En su peligrosa marcha de retroceso tomaron todos juntos la misma direcciön que á Carlo-Magno condujo á Zaragoza, teniendo que internarse en los estrechos desfiladeros de Roncesvalles, donde la mayor parte de aquellos aguerridos soldados habian de encontrar su ignorada tumba.

No desconocia el fiero conquistador de los



*Sajones* el indómito carácter de los *Escaldunaes*. ni tampoco ignoraba la derra que en no lejanos tiempos sufriera en aquellos mismos sitios el valiente Abdelmelek-ben-Coltan. Precisamente por eso creyó prudente adoptar en su marcha las debidas precauciones: colocó á la vanguardia una fuerte division exploradora; puso en el centro las inmensas riquezas acumuladas en su correría, y cubrió la retaguardia con el resto del ejército; no habiendo cometido en la colocacion de las fuerzas otra falta estratégica que la de interponer mucho espacio entre los dos cuerpos principales, lo cual dislocaba la unidad de su marcha.

Apenas el grueso de este poderoso ejército hubo penetrado en los angostos pasos de Ibañeta viéronse simultáneamente su vanguardia, retaguardia y flancos acometidos con irresistible furia por los intrépidos vascos, quienes lanzando desde las empinadas crestas que ocupaban enormes trozos de roca que cual aplastadora avalancha caian sobre los francos, llevaban á sus compactas filas la muerte, el espanto y la confusion

más indescriptibles. La sorpresa y el temor enerva á los soldados de Carlo-Magno: en muy pocos momentos se agotan todas las fuerzas haciendo totalmente imposible una resistencia tan temeraria cuanto inútil; ya no hay quien siquiera intente oponerse al fuerte choque de aquellos montañeses que despues de desordenar al aguerrido ejército, se lanzan como fieras sobre sus destrozados restos, haciendo en ellos una espantosa carnicería. Allí, nadando en un rio de sangre humana quedan bagajes y riquezas; allí encuentra su triste sepultura la inmarcesible gloria del orgulloso vencedor de tantos pueblos.

Esta señaladísima victoria, una de los más importantes que registran los enriquecidos anales de nuestra independencia nacional, tuvo lugar el año 778 bajo el reinado de Iñigo Garcés Arista; y á pesar del mucho tiempo trascurrido desde entonces hasta ahora, su glorioso recuerdo se ha conservado de generacion en generacion como un precioso monumento que ha de pasar á la posteridad. Aun hoy, en un bellissimo canto



de guerra que los vascongados titulan *Altavizaren Cantua*, recuerdan los nobles y esforzados descendientes de aquellos invencibles héroes la célebre batalla de Roncesvalles.

Inmediatamente despues de tener lugar tan glorioso hecho de armas, recobraron los vascos todo el terreno perdido y todas las riquezas arrebatadas; continuando además el progresivo ensanche de sus dominios hasta el año 783 que muerto Iñigo Garcés Arista le sucedió en el trono su hermano Fortuño Garcés, quien engrandeció nuevamente su reino derrotando á Hixem I y reconquistando á Pamplona.

A la muerte de este rey, acaecida el año 804, pasó la corona á Sancho Garcés, quien rechazó enérgicamente una fuerte invasion del rey franco de Aquitania Ludovico Pio, hijo de Carlo-Magno. Durante este reinado figuró ya Jimen Aznar, el primer *Conde de Aragon*, que mencionan las Crónicas.

Jimeno Iñiguez I heredó en 826 el trono de Sancho Garcés, y á su muerte, acaecida diez años más tarde, pasó á regirlo Iñigo

Jimenez, quien durante los veinte y dos años de su reinado luchó heroicamente con los árabes, ensanchando más y más los límites de su territorio en términos que al morir este rey el año 858, dejando la corona á su hermano García I Jimenez, su reino era á la sazón tan poderoso como el de Asturias.

Mientras tanto los belicosos catalanes que en los amargos dias de horrible prueba en que dió principio la *Reconquista Pirenáica*, formaran el núcleo de resistencia que fué la cuna del *Condado de Barcelona*, habian continuado luchando con sin igual heroismo. Repetidas veces lograron rechazar victoriosamente á los árabes que intentaban atravesar sus montañas y penetrar en las Galias; y al mismo tiempo habian ensanchado su territorio, apoderándose sucesivamente de Narbona, Gerona, Lérida, Huesca y Barcelona.

Despues de horribles y desesperadas luchas volvieron todas estas plazas á caer en poder de los árabes; pero á principios del siglo IX lograron nuevamente los catalanes apoderarse de casi todo su territorio y Norte de Aragon; sometiendo el año 801 á Bar-



celona que sufrió antes ocho meses de riguroso asedio y una porcion de parciales asaltos.

Entonces Ludovico Pio, aliado de los catalanes, instituyó la *Marca hispánica* compuesta de los Pirineos Orientales en una y otra de sus verticales, y formando un *Condado* con relativa dependencia de Francia; pero á mediados del siglo IX aquellos valientes montañeses, cuyo indómito valor no habia nacido para inclinarse ante el yugo extranjero, se alzaron contra los francos y compraron con su sangre generosa la tan deseada independencia por la cual llevaban cerca de siglo y medio de noble, heroica y no interrumpida lucha.

CAPITULO XIV

Reyes de Leon.—Grandes triunfos de los cristianos.—Gloriosas batallas de Simancas y Talavera.—Heróica defensa de Zamora.

Heredado el trono asturiano por Alfonso III, inauguró éste su reinado apoderándose de Coria y Salamanca; y acometiendo despues con irresistible furia á los Wálies de la frontera, en varios combates todos á cual más gloriosos para las armas cristianas, les inutilizó toda la caballería y les hizo una horrible matanza (Año 868).

A los tres años, deseando el previsor Alfonso evitar á todo trance que el valor de los cristianos se malgastase en luchas intestinas que tanto habian dificultado, y podian dificultar aún, la salvadora obra de la Recon-